

LOS MANUSCRITOS DE



neithel



VOLUMEN I

Sabine Vashanka,
la hechicera

DAVID VELASCO



PRÓLOGO DE LUCÍA GONZÁLEZ LAVADO
ILUSTRADO POR FÉLIX SOTOMAYOR Y JOSÉ ANTONIO RANDO





Luz y Oscuridad,
eternas fuerzas enfrentadas.
Cuando el Ojo del Dragón
se torne en tinieblas,
todo el Mundo Conocido
sucumbirá bajo las sombras,
bajo los poderes arcanos
portadores de destrucción;
sumido en un profundo,
muy profundo sueño...

ANTIGUA PROFECÍA
DE LOS PRIMEROS
HABITANTES DE ÚROWEN





Despertar

Éstrio 25 del xer de áester del líznar 347 de la Segunda Era



ilencio, Seth! ¡Nos siguen! —exclamó Melnar, con los ojos cegados a causa de la fuerte lluvia—. ¡Vamos, Sethren! ¡Pégate a mí! —dijo el cazador a su fiel perro, mientras se ponía la capucha para protegerse de la incesante tormenta.

Tras apretar el paso a través del bosque, se detuvo en seco y su ojo experto examinó el terreno. Rápidamente, apartó la parte de capa que le cubría el cinto y un destello resplandeció, dejando al descubierto una gran espada, forjada antaño en la fragua de los Vaduar. Melnar, sin vacilar, colocó su mano en la brillante y fría empuñadura. De repente, un extraño escalofrío le recorrió de arriba abajo y todo su cuerpo se estremeció. Aguzó el oído y pegó su espalda a un viejo y grueso roble. Sethren, al ver a su amo, hizo lo mismo y posó sus patas traseras en el lecho de hojas mojadas que había a los pies del árbol.

—¡Bien hecho, pequeño! —dijo lo más bajo que pudo.

Melnar, en el fondo de su corazón, sabía que algo estaba a punto de ocurrir. Sus líznars de experiencia recorriendo los bosques le decían que alguna criatura andaba cerca. De repente, sus temores encontraron respuesta...

Para cualquier otra persona, el aterrador gruñido que se escuchó en el bosque hubiese sido desconocido; pero para un experto cazador no había la menor duda.

—¡Lobos! —exclamó en un quejido. Ahora su máxima preocupación era saber el número de animales que le estaban acechando. Con la espalda



pegada al áspero tronco, volvió rápidamente la cabeza hacia ambos lados. Detrás de un árbol caído, distinguió la enorme figura de un lobo blanco, y más atrás, otra de mayor tamaño y de color negro.

—¡Sethren, quieto a mi lado! Silencio, no te impacientes. —Melnar sabía que, de habérselo permitido, su viejo amigo habría salido solo a plantar cara a los lobos para defenderle—. Tranquilo, pronto podrás enfrentarte a ellos —añadió el cazador.

Unos gruñidos cercanos devolvieron a Melnar a la realidad. Miró entonces a su alrededor y sus esperanzas de vencer a los dos solitarios lobos desaparecieron de su mente por completo. Entre los árboles, el cazador vislumbró las fantasmagóricas figuras de, por lo menos, una docena de los temidos animales, que se acercaban a gran velocidad.

—Este líznar, áester está siendo muy duro. Las manadas de lobos están hambrientas —se lamentó Melnar.

Ya no había la menor duda. Los lobos, expertos estrategas, los estaban rodeando. Los guiaban los dos ejemplares de mayor tamaño y opuestos colores; blanco y negro. Encabezados por ellos, formaron un perfecto círculo a su alrededor.

Melnar pensó en hacer fuego con el yesquero que portaba en su zurrón, pero no disponía del tiempo suficiente, y además, la lluvia cada vez caía con más intensidad. La única solución era enfrentarse cara a cara con los hambrientos lobos.

—¡Sagrast, dame la fuerza y el valor necesarios! —invocó al tiempo que empuñaba la espada y la levantaba en alto. En ese momento, un relámpago crepitó y toda la escena quedó iluminada por el metálico resplandor.

Tres ejemplares de lobo de los de menor tamaño se abalanzaron sobre ellos. Melnar, espalda contra tronco y con Sethren pegado a sus piernas, hizo un giro de espada a todo su alrededor con el fin de impedir que los animales les saltasen encima. Uno de los lobos, armándose de valor, tomó la iniciativa y se lanzó contra el cazador. Haciendo gala de unos extraordinarios reflejos, Melnar rectificó la trayectoria de su arma. El lobo recibió un espadazo que le atravesó el cuello. La sangre salía a borbotones. El mortalmente herido animal se retorció entre espasmos y su cuerpo quedó tendido en el bosque.

Melnar pensó que un lobo no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir a una arremetida certera de su espada, pero eso no importaba ahora, ya que no se estaba enfrentando a un solo enemigo.





En el mismo momento en que Melnar hundía su espada en el desgraciado animal, el lobo blanco le saltó encima. Sethren reaccionó y atacó. Sus dientes se aferraron a una de las patas traseras de su adversario antes de que éste hiriese a Melnar. Perro y lobo cayeron de costado contra unos arbustos. Los rápidos movimientos de ambos animales no dejaban al cazador ver la escena con claridad. Gruñidos y aullidos asolaban el denso bosque. Fue una terrible lucha en la que arañazos y mordiscos dieron la ventaja a Sethren, que logró clavar sus afilados colmillos en el cuello de su rival. El inconfundible color de la sangre tiñó de rojo al lobo. Una vez aferrada la mortal presa, Seth apretó sus dientes con todas sus fuerzas. El lobo dejó de retorcerse. La asfixia había acabado con su vida. Finalmente, las mandíbulas de Seth descansaron y el cadáver, teñido de rojo, cayó en un charco y quedó inerte. Pero el sobresalto y la angustia llenaron la mente del perro. No había sido capaz de proteger a Melnar...



Hendida la espada en el cuello del primer lobo, la alegría del cazador por haber acabado con la vida de su adversario desapareció de sus pensamientos. Su rostro mostró el pánico. Seis ejemplares de lobo se abalanzaron sobre él. El enorme lobo blanco encabezaba el ataque. El animal abrió sus descomunales fauces a un palmo de su cuello en el mismo momento en que Sethren lo asía de un mordisco por la pata y lo apartaba de la mortal trayectoria. Melnar respiró aliviado, pero todavía tenía que enfrentarse al inminente peligro que representaban los cinco lobos restantes. La hoja de su espada centelleó, iluminada por un rayo. Su vida corría peligro. Debía pensar rápido cómo actuar. Dos de los lobos le atacaron a la vez, uno desde cada flanco. Con su arma, Melnar hizo frente al que le agredía por la siniestra. El encolerizado animal esquivó la estocada mientras el otro alcanzaba la pierna del cazador.

Recuerdos de heridas pasadas asaltaron la mente de Melnar, que sintió un agudo dolor en el gemelo de su pierna derecha. Por suerte, no estaba gravemente herido. Los colmillos del cánido no habían podido penetrar con profundidad en su carne gracias a las botas de resistente cuero que llevaba. El lobo le asía con fuerza y tiró de su extremidad de tal forma que le hizo perder el equilibrio y caer de espaldas al suelo. La lluvia le caía al cazador



sobre el rostro lleno de barro. Melnar se quitó el fango que le impedía ver con claridad y reaccionó con rapidez.

«¡Mi espada! ¡La he perdido!», pensó entre jadeos.

Con sus colmillos, el lobo amplió la abertura hecha en las botas. Los incisivos se clavaron en la pierna. Al probar el dulce sabor de la sangre, el lobo se retorció de tal forma que consiguió desgarrar cuero y carne. El cazador gritó de dolor. Al no encontrar la espada, Melnar pensó en su arco. Lo llevaba colgado a la espalda, pero no podía cogerlo, ya que el peso de su cuerpo caía sobre el arma. Además, el lobo que lo atacaba estaba demasiado cerca para poder cargar la flecha, tensar la cuerda y hacer un disparo certero. Era físicamente imposible y además no disponía de tiempo.

«¡Mis flechas!», pensó. Instintivamente, como hiciera en sus numerosas cacerías, levantó el brazo por encima de su cabeza y metió la mano en su carcaj. Cogió una flecha y la apretó con fuerza. La rabia y el dolor le infundieron coraje. Sin más demora, Melnar se incorporó y quedó sentado sobre el suelo con el lobo a su alcance. En un arrebato de furia, atacó al animal y alcanzó a su enemigo en un ojo. Con la misma facilidad con la que los enanos excavan en las profundidades de las montañas, la flecha se hundió en la cabeza de su víctima. El animal aulló su último aliento de vida mientras caía de espaldas con la mortal saeta incrustada en el cráneo.

Sólo se oía el repiquetear del agua al caer sobre las hojas. El viento arremolinaba con fuerza. El frío se hizo más intenso al comenzar a caer la noche. El bosque empezaba a quedar en penumbra.

Al ver a sus compañeros yaciendo en el mojado suelo, los lobos cesaron su ataque. Quedaron inmóviles, sin bajar la guardia, pendientes de las instrucciones de su líder; el enorme lobo negro. Éste miró a su alrededor y vio el cadáver de un compañero con el cuello destrozado. Distinguió también el cuerpo de otro con una flecha que había hecho añicos el interior de su cabeza, cuyos restos salían a través de la cuenca del ojo. Pero lo que encolerizó al lobo fue ver el cadáver de su compañera blanca, degollado por un simple perro. El macho negro, con un movimiento de cabeza, indicó al resto de la manada lo que debían hacer. Los lobos entendieron claramente las órdenes de su líder. Ahora librarían una batalla, ya no para conseguir alimento, sino para vengar a sus compañeros. Lucharían hasta morir. Los ojos de los animales se inyectaron en sangre y sus escalofriantes aullidos recorrieron el bosque.





Cual soldados adiestrados, los lobos parecían tener una estrategia en mente. Todos al unísono tomaron posiciones equidistantes, rodeando el cuerpo del maltrecho cazador. Los once animales que quedaban con vida cerraban cada vez más el círculo que oprimía a Melnar. Sethren, que había quedado apartado del ataque, levantó la cabeza y se agitó nerviosamente. Su mente se debatía entre arremeter contra los lobos o permanecer impasible mientras los predadores daban buena cuenta del cazador. Sethren no pudo contener su ira y se abalanzó contra el líder del grupo. Con un ágil movimiento, el lobo retorció su cuerpo por debajo de las mandíbulas del perro y consiguió esquivar el ataque. El animal se giró, hundió sus colmillos en el lomo de Sethren y lo lanzó contra unas rocas.

—¡Nooo! —exclamó Melnar.

El cuerpo de su desdichado perro golpeó contra unas duras y frías piedras de granito. Sethren quedó inerte, tumbado sobre el fango. Al ver que su líder vencía en la pugna, los lobos ganaron confianza y sus ansias de matar se acentuaron.

Mientras su fiel compañero se jugaba la vida, Melnar pudo localizar su espada a algo más de dos nuiiras de distancia. Valiéndose de la fuerza de sus brazos, el cazador consiguió arrastrar su cuerpo por el húmedo suelo del bosque. Finalmente alcanzó la empuñadura de su arma, y la asió con firmeza. Con el ánimo fortalecido, sacudió la cabeza para que sus mojados cabellos le dejasen ver con claridad, y sobreponiéndose al dolor, logró ponerse en pie. Acto seguido, centró su atención en uno de los lobos más cercanos.

—¡Aquí me tienes! ¡Mi nombre es Melnar de Branchat, y juro por mis antepasados que no sucumbiré sin plantar cara! ¡Vamos, acércate!

El lobo enseñó sus afilados colmillos e inició una carrera totalmente fuera de sí. Cuando se encontraba a una nuira del cuerpo de Melnar, el animal dio un enorme salto para caer sobre el maltrecho arquero. El cazador arremetió con su espada. La punta de su arma dio de lleno en el pecho del lobo. Se escuchó un grave crujido, signo de que las costillas y la espina dorsal del animal se habían quebrado. La espada de Melnar siguió hundiéndose. El cazador empuñó entonces su arma con ambas manos, sacó la hoja del cuerpo del lobo y lanzó a su víctima a un lado. El animal cayó muerto. La espada lo había atravesado de parte a parte.

Los lobos se agazaparon en torno a Melnar, que había vuelto a caer al suelo debido a su pierna herida. El cabecilla urdió un plan que acabaría con el diestro cazador. Los diez que quedaban iban a atacar a la vez. Aunque



Melnar pudiese arremeter con su espada, sólo podría alcanzar a dos o tres miembros de la manada. Múltiples dientes sedientos de sangre se clavarían y desgarrarían el cuerpo de su presa. Con un aullido, el lobo negro dio la señal a sus compañeros. Desde la corta distancia que los separaba de su víctima, los lobos se abalanzaron sobre el derribado y herido arquero. Sin poder levantarse debido a sus heridas, Melnar agarró con ambas manos su espada y trató de descargar un mandoble. La desesperación se adueñó de él. Los lobos le atacaban desde todas partes. Miró al frente y observó las figuras de cinco de sus enemigos. Al resto no podía verlos, pero sentía que se acercaban por su espalda. Sin más, lanzó una estocada mientras cerraba los ojos...



Una voz rompió el son de las gotas de lluvia que golpeaban la espesura sin cesar.

—¡Mélades, Ígnotar, yo os invoco! ¡Espíritus portadores del fuego, venid a mí! ¡*Váklatar mentis jöntegur!* —gritó la voz, mientras unos brazos se extendían hacia el cielo.

La lluvia mojaba la túnica de la espectral silueta. De repente, sus brazos se pusieron en cruz y se extendieron con fuerza hacia el frente. Múltiples bolas de fuego aparecieron en el aire. Aunque la lluvia caía con mucha intensidad, las llamas que formaban las esferas no se extinguían, sino que se reavivaban y adquirían tonalidades verdes y azules. Los espectros de fuego se movían en el aire con rapidez. Las mágicas bolas esquivaban árboles, rocas y cualquier tipo de obstáculo que se interpusiera en su camino. Buscaban su objetivo: los cuerpos de los voraces lobos.

Justo cuando la decena de atacantes saltaba sobre el yaciente Melnar, las esferas de fuego aparecieron en el bosque e iluminaron la escena con sus tonalidades verde mar. Con una letal embestida, una de las bolas golpeó en el lomo al lobo negro, que a media noche de Melnar abría sus mandíbulas para asestar un mordisco en su presa. El golpe desplazó al animal varias noches en el aire, hasta que acabó chocando contra el tronco de un enorme pino. El cuerpo del lobo, maltrecho y atrapado entre el árbol y la bola de fuego, crujió entre espasmos. Fue entonces cuando la esfera luminosa dejó fluir desde su interior pequeños ríos de lava hirviente que consumieron los despojos del desdichado animal. Las bolas ígneas que defendían al





«—¡Aquí me tienes! ¡Mi nombre es Melnar de Branchat, y juro por mis antepasados que no sucumbiré sin plantar cara! ¡Vamos, acércate!»



cazador superaban con diferencia al número de lobos. El bosque se bañó con el resplandor del magma que manaba de las esferas al chocar contra su objetivo. Los cuerpos de los lobos se consumían en mortecinas hogueras. Los pocos animales que consiguieron esquivar la brutal acometida de las esferas se desvanecieron entre la niebla y la espesura para dejar el bosque en completo silencio; un silencio que sólo se veía roto por el golpeteo de las gotas de lluvia. Los últimos restos de fuego y verde lava se extinguieron entre el humo que desprendían los calcinados troncos y el agua que mojaba la tierra.



Melnar cayó de espaldas sobre el barro mientras recuperaba su entrecortada respiración y la lluvia le bañaba el rostro.

«Estoy a salvo —pensó en su fuero interno—. ¿De qué infierno habrán surgido esas bolas de fuego? Proviengan de donde proviengan, me han salvado la vida».

Tras recuperar el resuello, incorporó su cuerpo y se palpó la pierna herida. Observó las sangrantes hendiduras y se sintió aliviado; no eran desgarros de gravedad. Aunque le producían un agudo dolor, sanarían con rapidez. Mas su alegría se transformó en angustia y desazón al mirar a su alrededor y ver tendido en un charco de barro el cuerpo de su inseparable amigo Sethren. Su pelaje marrón estaba manchado de sangre.

—¡Seth, muchacho, ven aquí...! —masculló con la voz temblorosa.

El cuerpo inerte del animal no respondió a su llamada. Melnar trató de arrastrarse hasta su fiel compañero, que se encontraba a varias nuiras de él.

Súbitamente, un crujir de ramas atrajo la atención del cazador. Detrás del cuerpo de Sethren apareció una alta figura. La silueta estaba cubierta por una oscura capa que llegaba hasta el suelo. Una capucha le ocultaba el rostro. El grisáceo manto estaba bien ceñido a su cintura para impedir que el agua penetrara y le calara las ropas.

Melnar quedó perplejo; tan impresionado que no pudo articular palabra mientras aquel extraño se inclinaba sobre el cuerpo de Sethren.

—¡*Mentor sigtar kànteos pür!* —exclamó el oscuro ser. Tras pronunciar los arcanos versículos, un aura de luz amarilla refulgió entre los largos dedos



que se retorcían y estiraban en una singular danza, al ritmo del sonido de la tormenta. El resplandor dorado se hizo cada vez más brillante e intenso. La parte del bosque en la que se encontraban volvió a quedar iluminada como lo estuviera anteriormente cuando las esferas de lava acosaban a los lobos. Al instante, un sonido punzante y agudo azotó los oídos del cazador. Melnar no daba crédito a lo que estaba presenciando.

Una esfera luminosa rodeó el cuerpo de Sethren. Transcurridos unos instantes, el perro comenzó a mover una pata. Poco a poco, muy despacio, terminó por abrir los ojos y levantar la cabeza en busca de su amo.

Melnar, con la vista enturbiada a causa del barro, el agua y la sangre, se dirigió a Sethren.

—*Shhh*, tranquilo, amigo mío. Los lobos se han ido. Ahora todo está bien. Descansa.

La oscura figura se enderezó en toda su altura, de algo más de una nui-ra y media, y se aproximó al impresionado cazador. El ser alzó los brazos y desplazó su capucha hacia atrás. Los rasgos élficos de aquel desconocido quedaron al descubierto. En ese instante, le tendió una mano a Melnar, clavó sus penetrantes ojos en él y se presentó.

—Mi nombre es Kåledar. Soy aprendiz de mago.

